

La Celestina

*Fernando
de Rojas*



ALGAR
JOVEN
CLÁSICOS

Introducción y adaptación
de Juan Pablo Heras

AUTO I

ARGUMENTO DEL PRIMER AUTO DE ESTA COMEDIA

Entrando Calisto en una huerta en pos de un halcón suyo, halló allí a Melibea. Preso de su amor, le comenzó a hablar. Como fue por ella rigurosamente despedido, se marchó para su casa muy angustiado. Habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual, después de muchas razones, le dirigió a una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada Elicia, la cual, cuando fue Sempronio a casa de Celestina por el negocio de su amo, tenía a otro consigo, llamado Crito, al cual escondieron. Mientras Sempronio negocia con Celestina, Calisto razona con otro criado suyo, por nombre Pármeno. La conversación dura hasta que llegan Sempronio y Celestina a casa de Calisto. Pármeno fue conocido por Celestina, la cual le habló mucho de su madre, induciéndole a amor y concordia de Sempronio.

PÁRMENO, CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO,
CELESTINA, ELICIA, CRITO

(En una huerta o jardín).

Escena I

CALISTO. En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué, Calisto?

CALISTO. En dar poder a la naturaleza de que te dotase de tan perfecta hermosura, y hacer que yo, sin merecerlo, alcance a verte en un lugar tan conveniente que pueda manifestarte mi secreto dolor. Sin duda es incomparablemente mayor tal galardón que el sacrificio y la devoción que he ofrecido a Dios para alcanzar este lugar. ¿Quién vio en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como ahora el mío? Los gloriosos santos, que se deleitan en la visión divina, no gozan más que yo ahora contemplándote. Mas, ¡oh, triste!, ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza y yo recelo del áspero tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA. ¿Por gran premio tienes esto, Calisto?

CALISTO. En verdad lo tengo por tanto que, si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA. Pues mayor galardón te daré yo si perseveras.

CALISTO. ¡Oh, bienaventurados mis oídos, que indignamente habéis oído tan gran palabra!

MELIBEA. Más bien desventurados cuando me acaben de oír. Porque la paga será tan fiera como merece tu loco atrevimiento y el intento de tus palabras. ¿Cómo ingenio de tal hombre como tú ha salido para perder la virtud de tal mujer como yo? ¡Vete!, ¡vete de ahí, torpe! Que mi paciencia no puede tolerar que

el deleite del amor ilícito haya querido entrar en mi corazón.

CALISTO. Me iré como aquel a quien la adversa fortuna impone su odio cruel.

Escena II

(En casa de CALISTO).

CALISTO. ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO. Aquí estoy, señor, cuidando estos caballos.

CALISTO. ¡Pero tenías que estar en la sala!

SEMPRONIO. Se cayó el halcón y fui a colocarlo en su alcándara.²

CALISTO. ¡Así los diablos te lleven! ¡Así te mueras por infortunio repentino y sufras perpetuo tormento en el infierno! ¡Anda, anda, malvado! Abre la habitación y haz la cama.

SEMPRONIO. Señor, enseguida está.

CALISTO. Cierra la ventana y deja que la tiniebla acompañe al triste y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡Oh, bienaventurada y deseada muerte aquella que a los afligidos viene!

SEMPRONIO. ¿Qué ocurre?

2. Percha donde se ponían las aves de cetrería.

CALISTO. ¡Vete de ahí! No me hables; si no, antes de mi muerte, mis manos causarán tu fin.

SEMPRONIO. Me iré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO. ¡Vete con el diablo!

SEMPRONIO. No creo, según pienso, que venga conmigo el que contigo queda.

Escena III

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Oh, desventura! ¡Oh, súbito mal! ¿Cuál fue el tan contrario acontecimiento que así de rápido le robó la alegría a este hombre y, lo que es peor, la cabeza? ¿Le dejo solo o vuelvo con él? Si le dejo, se matará; si vuelvo, me matará. Que se quede solo; no me importa. Más vale que muera aquel a quien la vida le es enojosa, que no yo, que disfruto con ella, aunque yo no deseo vivir sino para ver a mi Elicia. Pero me debería librar de peligros, porque, si Calisto se mata sin otro testigo, yo quedo obligado a dar cuenta de su vida. Voy a volver. Pero, aunque vuelva, él no querrá consuelo ni consejo. Mala señal es no querer sanar. Mejor le dejo que se desahogue un poco. Dejemos llorar al que dolor tiene, que las lágrimas y los suspiros alivian el corazón dolorido. Porque, si delante me tiene, más se encenderá conmigo. Si entre tanto se mata, que se muera. Aunque, si se muere, me matarán a mí. Por otra parte, dicen los sabios que es gran descanso para los afligidos tener alguien con quien llorar... Pues en este punto, en

que estoy perplejo, lo más sano es volver, sufrirle y consolarle.

Escena IV

(Vuelve con CALISTO).

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Señor?

CALISTO. Dame el laúd.

SEMPRONIO. Señor, aquí está.

CALISTO. ¿Qué dolor puede ser tal
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO. Desafinado está ese laúd.

CALISTO. ¿Cómo afinará el desafinado? ¿Cómo sentirá la armonía aquel que está en desacuerdo consigo mismo, aquel cuya voluntad no obedece a la razón, quien tiene dentro del pecho agujijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados y sospechas? Toca y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO. Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía:
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

CALISTO. Mayor es mi fuego y menor la piedad de aquella en la que pienso.

SEMPRONIO. *(Aparte)*. No me engaño yo, que mi amo está loco.

CALISTO. ¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO. No digo nada.

CALISTO. Habla, no temas.

SEMPRONIO. Digo que cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a un vivo que el que quemó una ciudad y a tanta multitud de gente.

CALISTO. ¿Cómo? Yo te lo diré. Mayor es la llama que dura ochenta años que la que en un día pasa, y mayor la que mata un alma que la que quema cien mil cuerpos. Como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay entre el fuego que dices y el que me quema. Por cierto, si el del purgatorio es así, más querría que mi espíritu desapareciese como el de los animales que ir a la gloria de los santos.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Lo que yo decía! No solo loco, sino hereje.

CALISTO. ¿No te digo que hables alto? ¿Qué dices?

SEMPRONIO. Digo que Dios no lo quiera; que es herejía lo que dijiste.

CALISTO. ¿Por qué?

SEMPRONIO. Porque lo que dices contradice la religión cristiana.

CALISTO. ¿Y a mí qué?

SEMPRONIO. ¿Tú no eres cristiano?

CALISTO. ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro, y en Melibea creo y a Melibea amo.

SEMPRONIO. Lo que tú digas. Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo y por la boca le sale a borbollones. Bien sé de qué pie cojeas. Yo te sanaré.

CALISTO. Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO. Antes fácil. Que el comienzo de la salud es conocer la dolencia del enfermo.

CALISTO. ¿Qué consejo puede servir para lo que no tiene orden ni consejo?

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Ja, ja, ja! ¿Esto es el fuego de Calisto? ¿Estas son sus congojas? ¡Como si solamente contra él el amor asestara sus tiros! Oh, soberano Dios, ¡qué altos son tus misterios! ¡Cuánto poder pusiste en el amor, que causa turbación en los amantes! Como toros heridos, sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre que por la mujer dejara al padre y a la madre. Ahora no solo aquello, sino a ti y tu ley abandonan, como ahora Calisto. Y no me maravillo, pues hasta los sabios, los santos y los profetas por el amor te olvidaron.

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Señor?

CALISTO. No me dejes.

SEMPRONIO. (*Aparte*). Esta gaita suena más afinada.

CALISTO. ¿Qué piensas de mi mal?

SEMPRONIO. Que amas a Melibea.

CALISTO. ¿Y nada más?

SEMPRONIO. Bastante mal es tener la voluntad cautiva en un solo lugar.

CALISTO. Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO. La perseverancia en el mal no es constancia; dureza o tozudez la llaman en mi tierra. Pero vosotros, los filósofos de Cupido, llamadla como queráis.

CALISTO. Tú también alabas a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO. Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago.

CALISTO. ¿Qué me reprochas?

SEMPRONIO. Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la mujer.

CALISTO. ¿Mujer? ¡Oh, grosero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO. ¿Así lo crees? ¿O te burlas?

CALISTO. ¿Que me burlo? Dios la creo, Dios la proclamo y no creo que haya otro soberano en el cielo.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Ja, ja, ja! ¿Oíste qué blasfemia? ¿Viste qué ceguera?

CALISTO. ¿De qué te ríes?

SEMPRONIO. Me río porque no pensaba que hubiera un pecado peor que el de Sodoma.

CALISTO. ¿Cómo?

SEMPRONIO. Porque aquellos intentaron cosas abominables con los ángeles pensando que eran hombres,³ y tú con quien dices que es Dios.

CALISTO. ¡Maldito seas!, que me has hecho reír y pensé que no podría.

SEMPRONIO. ¿Pues qué? ¿Ibas a llorar toda tu vida?

CALISTO. Sí.

SEMPRONIO. ¿Por qué?

CALISTO. Porque amo a aquella ante la que soy tan indigno que no la espero alcanzar.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Oh, pusilánim! ¡Oh, hijoputa!

CALISTO. No oí bien eso que dijiste. Repítelo.

SEMPRONIO. Dije que tú te desesperas por alcanzar una mujer, pero muchas de ellas, por muy nobles que sean,

3. En el relato bíblico (*Génesis* 19, 1-5), los varones de Sodoma le piden a Lot que les entregue a quienes ellos creen hombres, pero en realidad son ángeles enviados por Dios.

se someten a viles arrieros o incluso a brutos animales.
¿No has leído lo de Pasífae con el toro?

CALISTO. No lo creo; habladurías son.

SEMPRONIO. Lo de tu abuela con el mono, ¿habladuría fue? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO. ¡Maldito sea este necio! ¡Y qué tonterías dice!

SEMPRONIO. ¿Te escuece? Estudia a los filósofos, lee a los poetas. Llenos están los libros de los viles y malos ejemplos de las mujeres, y de las caídas de los que, como tú, las adoraron. Muchas hubo y hay santas y virtuosas y notables, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. ¿Pero de estas otras quién te contaría sus mentiras, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías, sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su parlería, su glotonería, su lujuria, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, su desvergüenza, su alcahuetería? ¿Qué imperfección, qué cloacas debajo de tan bellos templos! Por eso a ellas se les dice arma del diablo, cabeza del pecado, destrucción del paraíso.

CALISTO. Y esos filósofos y poetas que dices, ¿no se sometieron a ellas? ¿Soy yo más que ellos?

SEMPRONIO. A los que las vencieron quería que imitases, no a los que por ellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? Comienzan ofreciéndose. Luego invitan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, se enfadan rápido, se apaciguan enseguida. Quieren que adivinen lo que quieren. ¡Qué plaga! ¡Qué enojo!

¡Qué hastío hablar con ellas, más allá de aquel breve tiempo en el que están listas para el deleite!

CALISTO. ¡Vete! Cuanto más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero.

SEMPRONIO. Ya veo que los jóvenes como tú no se saben someter a la razón. Miserable cosa es querer ser maestro antes que discípulo.

CALISTO. ¿Y tú qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

SEMPRONIO. ¿Quién? Ellas. Que, desde que se descubren, pierden la vergüenza. Eres más digno de lo que piensas. Es peor que un hombre se deje caer por debajo de lo que merece que ponerse en más alto lugar del que debe.

CALISTO. ¿Y quién soy yo para eso?

SEMPRONIO. ¿Quién? Lo primero: eres hombre y de claro ingenio. Y la naturaleza te dotó de los mejores bienes: hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza y ligereza. Y, además, la fortuna partió contigo lo suyo en tal cantidad que los bienes que tienes dentro de ti resplandecen tanto como los de fuera. Porque, sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, ninguno en esta vida es bienaventurado. Y, además, las estrellas han querido que todos te amen.

CALISTO. Pero no Melibea. Y sobre todo lo que me has alabado, Sempronio, sin proporción ni comparación se aventaja Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud e inefable gracia, la soberana hermosura, de la cual te ruego que me dejes hablar un poco.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Qué mentiras y qué locuras dirá ahora este miserable de mi amo!

CALISTO. ¿Cómo?

SEMPRONIO. Dije que será un gran placer oírte.

CALISTO. Pues, para que tengas tal placer, yo te lo pintaré por partes y en detalle.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Tenemos para rato! Esto es lo que yo me temía.

CALISTO. Comienzo por los cabellos. ¿Conoces las madejas de oro fino que hilan en Arabia? Más lindos son y no resplandecen menos. Su largura le llega hasta los talones: peinados y atados con una delgada cuerda, como ella se los pone, no hace falta más para convertir a los hombres en piedras.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡Más bien en asnos!

CALISTO. ¿Qué dices?

SEMPRONIO. Dije que tales cabellos no serían cerdas de asno.

CALISTO. ¡Qué torpe! ¡Qué comparación!

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¿Estás tú más cuerdo?

CALISTO. Los ojos, verdes, rasgados; las pestañas, largas; las cejas, delgadas y arqueadas; la nariz, mediana; la boca, pequeña; los dientes, menudos y blancos; los labios, colorados y carnosos; la forma del rostro, un poco más larga que redonda; el pecho, alto; la redondez y la forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría dibujar? ¡Que se despreze el hombre cuando las mira! La tez lisa, lustrosa; su piel oscurece la nieve, mezclada con el color de su rubor.

SEMPRONIO. (*Aparte*). ¡En sus trece sigue este necio!

CALISTO. Las manos, pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas; los dedos, largos; las uñas,

largas y coloradas, que parecen rubíes entre perlas. Aquellas proporciones juzgo que incomparablemente son mejores que las que Paris juzgó entre las tres diosas.

SEMPRONIO. ¿Has terminado?

CALISTO. Lo más brevemente que pude.

SEMPRONIO. Aunque todo eso sea verdad, por ser tú hombre eres más digno.

CALISTO. ¿Por qué?

SEMPRONIO. Porque ella es imperfecta, y por ello te desea a ti y a otro menor que tú. ¿No has leído al filósofo,⁴ donde dice: «Así como la materia busca la forma, así la mujer al varón»?

CALISTO. ¡Triste de mí! ¿Cuándo veré yo eso entre Melibea y yo?

SEMPRONIO. Eso es posible y lo será, aunque la aborrezcas tanto como ahora la amas, siempre que la veas con otros ojos, libres del engaño en el que estás ahora.

CALISTO. ¿Con qué ojos?

SEMPRONIO. Con ojos claros.

CALISTO. Y ahora, ¿con qué la veo?

SEMPRONIO. Con espejos de aumento, en que lo poco parece mucho y lo pequeño grande. Y para que no te desesperes, yo quiero ayudarte a cumplir tu deseo.

CALISTO. ¡Oh, Dios te dé lo que desees! ¡Qué glorioso me es oírte! El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístelo tú.

4. En la época de Fernando de Rojas, «el filósofo» por antonomasia era Aristóteles.

SEMPRONIO. Dios te lo agradece. (*Aparte*). Este y muchos más que me darás. Si me da estos premios, se la llevo hasta la cama. ¡Bueno ando!

CALISTO. Ahora no seas negligente.

SEMPRONIO. No lo seas tú, que es imposible que un siervo sea diligente si el amo es perezoso.

CALISTO. ¿Cómo has pensado hacerme este favor?

SEMPRONIO. Yo te lo diré. Hace mucho tiempo que conozco en esta vecindad a una vieja barbuda que se llama Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Creo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad.⁵ A las duras peñas les provoca la lujuria si ella quiere.

CALISTO. ¿Podría yo hablar con ella?

SEMPRONIO. Yo te la traeré hasta acá. Prepárate y sé generoso. Mientras yo voy a por ella, piensa cómo contarle tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

CALISTO. Ya tardas.

SEMPRONIO. Ya voy. Quede Dios contigo.

CALISTO. Y contigo vaya. ¡Oh, todopoderoso, perdurable Dios! A ti, que guiaste a los perdidos y a los reyes orientales con la estrella de Belén, humildemente te ruego que guíes a mi Sempronio, de manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, y yo, indigno, merezca conseguir el deseado fin.

5. Con diversas técnicas, Celestina lograba que el himen («virgo») roto por el primer coito de la mujer pareciera intacto, lo cual salvaba la honra de las doncellas y encarecía el precio de las prostitutas.